

UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

ALFONSO REYES Y PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

por

Arq. Roberto L. Bergés Febles

Santo Domingo, 1989

ALFONSO REYES Y PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Discurso pronunciado por el
Arq. Roberto L. Bergés F, en
la celebración del centena--
rio del natalicio de Alfonso
Reyes

La Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña siente hoy honda satisfacción, y justificado orgullo, al compartir con el gobierno y el pueblo de México la celebración, en nuestro país, del centenario de esa figura excelsa de las letras, Alfonso --- Reyes, cuya vida estuvo estrechamente ligada, por lazos de amistad y por coincidencia de ideas y propósitos humanistas, con -- ese otro grande hombre de América que honra a nuestra Universidad con su egregio nombre, nuestro Pedro Henríquez Ureña. Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña compartieron y se hermanaron, - en vida, a través de lazos espirituales que anudaron el talento, la hombría de bien y la voluntad de alcanzar, a través del estudio y la reflexión serena, las cimas de la excelencia.

Juntos anduvieron Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes desde que el primero llegó a México, en 1906, en una búsqueda continua y perseverante de las esencias de lo autóctono en la configuración de la identidad cultural de la América Hispana. Mientras vida tuvieron, juntos permanecieron en el propósito común de escudriñar datos, sembrar criterios, establecer pautas, y ofrecer ejemplos vivos de erudición al servicio de causas nobles, de labor bibliográfica incansable, de intelectualidad objetiva en pos de altos ideales, y de humanismo sin dobleces. Esta vocación de - vida, compartida por ambos, esta lucha continua por la calidad, - este apego a ideales trascendentes, se manifiesta ostensiblemente a lo largo de la copiosa correspondencia epístola mantenida entre ambos a través de cuarenta años de hermandad y compenetración con idénticos ideales.

Conocer los discursos que alimentan los escritos de estos dos colosos exponentes de la cultura sin fronteras, es la mejor forma de entender la coincidencia espiritual que los hermana. Asomarse a las páginas de la correspondencia epistolar que por años mantuvieron, es descubrir la intimidad de una amistad que toca más hondo que la propia coincidencia espiritual.

Los lazos indisolubles que de por vida unirían a estos dos hombres singulares y sobresalientes en muchos aspectos del vasto campo de las humanidades, comienzan a manifestarse desde que Don Pedro llega a México en busca —según su decir— de un ambiente intelectual más aireado que el que dejaba detrás. Muy pronto el joven dominicano, que ya viaja con un equipaje de conocimientos de gran peso, se inserta de lleno en el centro de un movimiento cultural que a la sazón impulsaban jóvenes y adultos mexicanos, empeñados en transformar la Educación de su país, y en abrirle nuevos derroteros al quehacer del intelecto. "Pedro se instaló entre nosotros como Sócrates en la Academia, y desde -- allí nos amuebló el cerebro". Quien así habla es el joven Alfonso Reyes, el alumno que andando el tiempo se convertiría en el más sobresaliente de los que rodearon al maestro, y que, al mismo tiempo, se mostraría como el más compenetrado con él, en todo el quehacer intelectual que de por vida realizaron juntos.

Estos dos grandes maestros de maestros, símbolos señeros de la cultura de sus respectivas patrias y de la Gran Patria Americana que ambos soñaron a través de una cultura común mantienen por sobre sus méritos nacionales y continentales, el - refrendo que les da, a uno, la dominicanidad que hay en gran - parte de su obra; y, al otro, la mexicanidad permanentemente - enraizada en toda su labor literaria.

Al traer a este recinto una muestra documental de la vida y obra de Don Alfonso Reyes, y poner a disposición de esta Casa de altos estudios la colección de las obras completas del gran humanista mexicano, sentimos que la tierra azteca y la de Quisqueya refuerzan aún más la hermandad que comparten desde que Hernán --- Cortés sale de las cálidas llanuras de nuestra Azua de Compostela, para plantar el pabellón de la España imperial en las frescas alturas de la bella Tenochitlán.

Pensamos, también, que si los libros —como se afirma— condensan el espíritu de sus autores, al colocar estas obras de -- Alfonso Reyes en los mismos anaqueles en donde reposan los de -- Pedro Henríquez Ureña, estaremos reuniendo sus almas como designio de la unión que mantuvieron en el decurso de sus vidas estos dos connotados humanistas.

En nombre de toda la comunidad que hoy se empeña en seguir los principios filosóficos del maestro Don Pedro dentro de una Academia que se honra con su ilustre nombre, doy las gracias más cordiales al Gobierno de México por hacer posible esta celebra--ción conjunta del centenario del nacimiento de Alfonso Reyes, --agradeciendo además, y de manera muy especial, el donativo de las obras completas de ese egregio humanista.

Muchas gracias